

ción en esta sala: el Fauno danzante, bellísima estatua que ha ejercitado el buril de los más distinguidos grabadores. No son de menor mérito las estatuas de Apolo y de una Dama romana que proceden de los departamentos del Vaticano.

En la octava sala admiraremos el Neptuno, bello mármol de estilo greco-romano, que fué descubierto en Porto. Las estatuas de este dios no son comunes; tenía un solo templo en Roma, y no es frecuente ver sus representaciones en los museos.

Ignórase de dónde proceden tres hermosísimas columnas que se hallan en la novena sala; dos de ellas están esculpidas de arabescos, y la otra tiene adornos de diverso estilo. Una multitud de fragmentos de arquitectura, como frisos, capiteles, molduras, etcétera, que hay reunidos en esta sala, fueron desenterrados en la *Vía Appia* y en el *Forum Romanum*.

Interesante por los monumentos que guarda, es sin duda, la décima de las salas que vamos recorriendo. Es obra de arte muy estimada el grupo de Amor, caballero sobre un delfín, jugando con un ganso. Tienen gran mérito dos sub-basamentos sepulcrales, que se hallan contra las paredes de los lados, uno frente al otro. Son rarísimas por su forma y construcción dos columnas de mármol, que fueron descubiertas cerca de la iglesia de San Jacobo, en el pontificado de Gregorio XVI. Los demás objetos que enriquecen esta sala, provienen de la tumba de los *Haterii*, encontrada en la *Vía Labicana*, á cuatro millas de Roma. Entre esos objetos merecen estudiarse dos bustos magníficos, un bajo-relieve muy curioso que representa el modelo de la máquina de que se servían los antiguos para subir cosas de gran peso, y otro bajo-relieve que ofrece modelos de diferentes monumentos y arcos de triunfo, uno de los cuales, por lo que dice la inscripción, fué erigido en la *Vía Sacra*.

No menos que la anterior, la sala undécima es rica en mármoles curiosos. La Diana de Efeso, es una figura que llama la atención. El sarcófago colocado en el centro de la pieza, es notable por un bajo-relieve que lo adorna, relativo á Ba-

co; en la fachada del mismo sarcófago, á la izquierda, están representadas dos carrozas tiradas por centauros, en la primera de las cuales va una mujer que lleva en la mano una máscara. Otro sarcófago está embellecido con un bajo-relieve dividido en dos escenas, Hipólito y Fedro en la caza del jabalí, y las aventuras de Edipo. Otro está adornado con el grupo de Adonis despidiéndose de Venus, bellamente esculpido en la cara derecha, una caza de jabalí en la izquierda y en el centro la muerte del mismo Adonis asistido de un doméstico que está restañando la sangre de las heridas del dios.

En la duodécima sala tendremos que admirar, como los objetos más preciosos que encierra, dos sarcófagos griegos de una ejecución artística asombrosa. Los bajo-relieves que los cubren son muy estimados por los inteligentes. El asunto del cincel helénico en uno de los sarcófagos, es la muerte de los hijos de Niobe asaeteados por Apolo y Diana en los momentos en que asistían á un espectáculo de juegos públicos en Tebas: en una extremidad del bajo-relieve están representados Amphión y Niobe, los padres de las víctimas, estrechando entre sus brazos á dos de sus desventurados hijos. En el otro sarcófago, Orestes, presa de las Furias infernales, está vengando la muerte de su padre con la sangre de sus matadores.

No mencionaremos otros objetos de la sala décimatercia, fuera de un gran monumento sepulcral que se halla en el centro y es el mismo que guardó las cenizas de *Cecilius Valianus*, según atestigua la inscripción; una estatua de *Dogmatius*, descubierta en 1856 al remover los cimientos de una casa en Roma; cuatro fragmentos de bellas estatuas semi-colosales en pórfido, encontradas cerca del arco de Constantino, la estatua del severo Catón, y un bajo-relieve de origen griego que representa el monumento sepulcral de una familia.

De la décimacuarta sala, no podemos dejar sin describir la soberbia estatua de un esclavo. Es interesante este mármol, no solamente por su mérito artístico, sino por la circunstancia de no estar acabado, y tener todavía marcados los

puntos de proporción que sirvieron de guía al escultor; lo cual hace reconocer el método mecánico que empleaban los estatu arios antiguos no distinto del que siguen los modernos. Merecen especial mención dos magníficas y elegantes columnas de mármol violado, que fueron descubiertas en principios de este siglo, á orillas del Tíber, en un lugar que nombran *Marmorata*, y se supone quedaron abandonadas allí antes de colocarlas en el edificio para el cual estaban destinadas.

No intentaremos, ni á enumerar siquiera, la gran cantidad de objetos que se hallan en las salas décimaquinta y décimasexta: son muchísimos y de diferentes especies. Hay sarcófagos, urnas y cipos funerarios; hay fragmentos de mármoles esculpidos y de estatuas. Entre éstas sólo mencionaremos la que representa en tamaño natural á *Atys*, acostada; es notable esta obra de arte, no sólo por su belleza, sino por su conservación y por lo raro del objeto. Llama la atención también un nicho decorado con un mosaico que representa á Silvano con su perro.

No es fácil describir minuciosamente los innumerables objetos que contiene el *Museo cristiano*, fundado por Pío IX. Este departamento se puede considerar que comienza desde el punto en que arranca la gran escalera de honor, cuyos muros están cubiertos con multitud de bajo-relieves, y adornados con interesantes sarcófagos. Atravesando la primera sala se llega al magnífico salón de Sixto V, en donde se conservan muchos mármoles esculpidos, preciosos monumentos de la escultura cristiana, que se remontan á los siglos IV y V. El más notable es la estatua de San Hipólito, Obispo de Porto, sentado en una silla, sobre la cual está grabado en griego el célebre calendario ó *Ciclo pascual*, que compuso el mismo santo en el año 223 para combatir los errores de los herejes llamados *Quartadecimani*, que celebraban la Pascua el mismo día que los judíos. Fué encontrada la estatua en las Catacumbas de San Lorenzo.

Del salón de Sixto V, se pasa á las tres alas de pórticos del piso principal, que circundan en ese piso el gran patio del

palacio. En las paredes de los soberbios corredores, vense incrustadas con una sabia distribución, las incontables inscripciones cristianas que fueron colocadas allí bajo la inteligente dirección del distinguido arqueólogo M. de Rossi.

De los cuatro costados del patio, uno está subdividido en tres cámaras. En las dos primeras han sido coleccionadas las copias auténticas de algunas pinturas antiguas que adornaban los cementerios cristianos de los primeros siglos; en la tercera se ven los frescos desprendidos de la iglesia de Santa Inés, fuera de la Puerta Pía, y son obras del siglo XV.

Esta pieza da entrada al salón que llamaremos de los mosaicos antiguos. El pavimento está decorado con uno preciosísimo, cubierto de arabescos y en el centro una hermosa cabeza de mujer. Otros fragmentos se ven á la izquierda, que han sido reputados como las obras más perfectas en su género. Ejecutados con exquisito gusto, llama en ellos la atención el colorido por la viveza y la variedad de las tintas. Entre otros se distingue uno muy deteriorado, en el cual se ven plantas y figuras egipcias. En esta sala están depositados los cartones originales del célebre Descendimiento, de Daniel de Volterre y los del Santo Tomás, de Camuccini, y el del martirio de San Estéban, de Julio Romano.

En la sala siguiente hay tres cuadros notables: el retrato de Jorge IV, rey de Inglaterra, obsequio del mismo al Sumo Pontífice Pío VII; cuadro de gran efecto, del pintor inglés Lawrence; una Anunciación del Caballero de Arpino, y una copia sorprendente de la Asunción, del Guercino, cuyo original está en San Petersburgo. La mayor parte del pavimento de esta sala, lo cubre un soberbio mosaico de gran tamaño, que para verlo bien es necesario subir á una tribuna de madera que con ese objeto se ha formado allí á conveniente altura. Desde ese sitio se contempla en su admirable belleza el mosaico. Representa una escena de pugilato expresada á la perfección y ejecutada con tal arte que cree uno tener delante la obra más acabada de pintura. Fué descubierta en las Termas de Caracalla.

Saliendo de este salón, se vuelve al de los mosaicos, y de

allí se entra en una serie de salas que forman la Galería de pinturas. No mostraremos al lector cada uno de los cuadros que la componen, por temor de que abandone el libro como abandonó nuestra compañía uno de los peregrinos que junto con nosotros hacía la visita del Palacio Laterano, después de tres horas empleadas en recorrer los departamentos que llevamos descritos. Veremos solamente lo más notable.

En la primera sala es necesario detenerse delante de un cuadro de gran efecto, que representa á la Santísima Virgen y algunos pasajes de su preciosa vida. Es una pintura en la cual el sentimiento religioso está expresado de la manera que sólo podía hacerlo el más aventajado discípulo del espiritual Fiesola: Benozzo Gozzoli, de quien es original el cuadro. Otros dos de Marco Palmezzano, presentan igualmente á la Madre de Dios, en uno acompañada de San Gerónimo y San Juan Bautista, y en otro de varios santos.

Dos magníficas tapicerías con los Santos Apóstoles Pedro y Pablo forman el principal adorno de la sala que sigue, y fueron ejecutadas en el Hospicio de San Miguel en Ripa. En esta misma pieza arrebatada las miradas del visitante un cuadro del Redentor pagando el tributo, obra de brillante ejecución atribuida al Caravaggio; una Virgen pintada por Carlos Crivelli en 1492, un Sixto V por Sassoferrato y un retrato de sorprendente belleza por el inmortal Rembrandt.

Entrando en la sala tercera se recrea la vista contemplando una Sagrada Familia de Andrés del Sarto, una Asunción de Nicolás de la Matrice que tiene escrita la fecha de 1515, y un Descendimiento de la escuela lombarda del siglo XVI.

Los cuadros del boloñés Francia no abundan en Roma; por ese motivo, fuera del mérito de la pintura, es muy estimada la Asunción de la Santísima Virgen, que llama la atención en la cuarta sala; no se miran con indiferencia dos cuadros de la escuela de Siena: el uno de San Lorenzo y San Benito, y el otro de San Gregorio y Santa María Magdalena; la Coronación de la Virgen, de Filippo Lippi, y el Bautismo de Jesucristo, por César de Sesto, merecen estudiarse despa-

cio, y un San Gerónimo, pintura á la aguada, del padre de Rafael, por fuerza ha de detener al visitante.

De la quinta sala describiríamos, si hubiera tiempo, un tríptico de Antonio Demuano, que tiene la fecha de 1469, y representa á Jesucristo, de medio cuerpo, acompañado de algunos santos.

En la sexta solamente llamaremos la atención hacia una copia bellísima de un fresco del Domeniquino, que contiene el Martirio de San Andrés, cuyo original se conserva en la iglesia de San Gregorio.

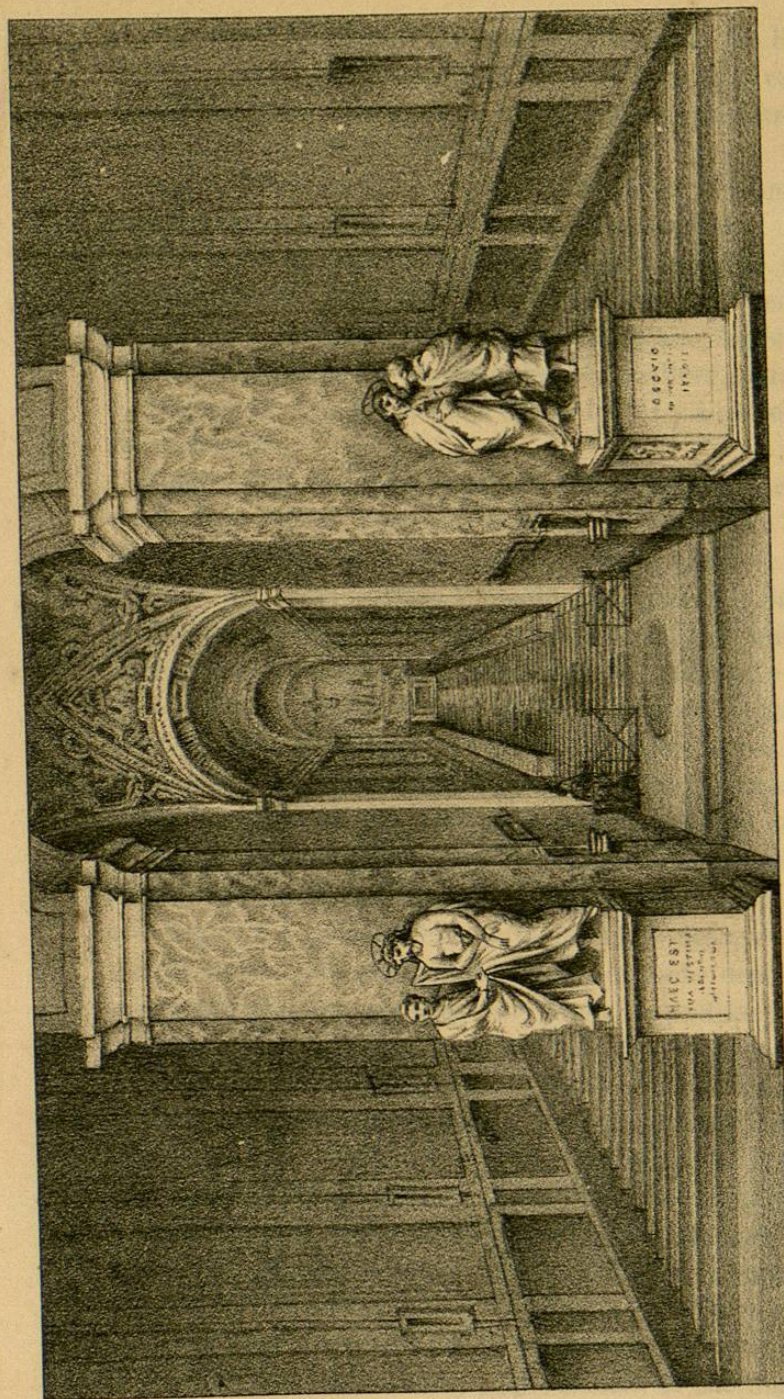
Salgamos de las piezas de la Galería de pinturas, y dirijamos nuestros pasos á la gran Sala de los Concilios, venerable por haberse reunido en ella las asambleas de este nombre, que por eso fueron llamadas Lateranenses. Pío IX, que tenía grandes afecciones por nuestra América, la cual visitó en alguna ocasión, como es sabido, encargó á un estudioso americanista alemán, Pettrich, formase la colección que se halla reunida en este lugar desde 1861, y contiene bustos, estatuas y bajo-relieves que representan tipos, trajes y costumbres de los indígenas de la América Septentrional. Agradable sorpresa es para un mexicano encontrarse en Europa con esta curiosísima colección, que no la tenemos igual en la República, y estudiar en ella mejor que en nuestro país, los usos de nuestros aborígenes y de los indios que habitan todavía en las apartadas regiones de parte del Continente americano.

Ya era necesario salir del Palacio de San Juan de Letrán; estábamos allí desde la mañana á primera hora. Sin experimentar la necesidad de tomar alimento, habíamos permanecido hasta muy avanzada la tarde. El custodio nos advirtió que era pasada con exceso la hora de cerrar los departamentos; gratificámosle decentemente después de darle las gracias por su deferencia, y dejamos el Palacio, encaminándonos á un edificio de forma circular que dista poco de la Basílica. Era el Bautisterio de Constantino.

Después del Bautismo de Jesucristo por San Juan, no han visto seguramente los cielos y la tierra un acto religioso de

mayor importancia y trascendencia que el verificado en este lugar venerable en el siglo cuarto de la Iglesia: el Sumo Pontífice San Silvestre, confiriendo el primer Sacramento á un monarca pagano de la dinastía de los crueles perseguidores del Cristianismo, que iba á convertirse en uno de sus más insignes protectores, dando existencia legal á una Religión que hasta entonces había vivido oculta y proscrita entre las mazmorras de las Catacumbas. Con mucha razón los Papas santificaron este lugar y han conservado cuidadosamente el edificio que lo cerca.

Dícese que el mismo Constantino lo hizo levantar para recibir con toda solemnidad en este sitio el agua del Bautismo. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que ya existía en el siglo V; que en el IX tenía la misma forma que hoy; que despojado de las ricas decoraciones que lo embellecían, y deteriorado considerablemente en siglos posteriores, fué restaurado por Gregorio XIII, hacia el año 1575, y Urbano VIII lo puso en 1640 en el estado en que hoy lo vemos. La fuente bautismal, formada con una urna antigua de basalto, se halla en el centro de una excavación circular á la que se desciende por tres gradas, y la cerca una elegante balaustrada. Está encerrado este sitio en un edificio de forma octágona, por el interior, que lo adornan ocho columnas jónicas de bello pórfito, las cuales sostienen un cornisamento de estilo antiguo, sobre el que se levantan otras ocho columnas de mármol blanco, que reciben un entablamento en que descansa un ático de ocho caras que sustenta la cúpula. En cada una de las faces del ático hay un cuadro que representa algún pasaje de la vida de San Juan Bautista. Estos cuadros son obra de Andrés Sacchi. Las paredes del templo, en la parte inferior, se ven decoradas con frescos de buenos autores. Dos capillas anexas al edificio están una enfrente de la otra; en la de la derecha hay dos columnas de serpentina y una estatua en bronce de San Juan Bautista; en la bóveda es notable un fresco del siglo V, adornado con accesorios de un gusto delicado. En la capilla de la izquierda llaman la atención dos columnas de alabastro oriental y una estatua en bronce



LA ESCALA SANTA.

LIT. DE H. IRIARTE.

de San Juan Evangelista, modelada por Juan de la Porta. Saliendo por la puerta antigua, se ven incrustadas en el muro, dos antiguas columnas de pórfido, que se asegura pertenecieron al palacio de *Plautius Lateranus*.

En este Bautisterio es costumbre bautizar el Sábado Santo á los turcos y á los judíos recién catequizados.

Existe recuerdo de una profanación que sufrió este lugar en el año de 1347. Cola Rienzi se bañó en la fuente bautismal en la tarde del 1º de Agosto de ese año, antes de presentarse al pueblo con las insignias de caballero, cuando citó á comparecer á su presencia á Clemente VI y á los electores de Alemania.

Ningún viajero cristiano deja de visitar, estando en la Plaza de San Juan *in Laterano*, el Santuario famoso de la *Scala Santa*. Asegúrase que esta capilla formaba parte de la antigua basílica. Cuando Sixto V reedificó el palacio de San Juan de Letrán, encargó á Fontana la construcción de un pórtico abierto con cinco entradas, y en la de en medio hizo colocar la escalera que se formó con las 28 gradas de mármol que pertenecieron al palacio de Pilato en Jerusalem, por las cuales se supone que ascendió el Salvador, y fueron santificadas con su preciosa sangre. Como fuese tan grande el concurso de gentes devotas que acudían á venerar esta reliquia y subían de rodillas la escalera, el Papa Clemente XII, temiendo que llegaran á gastarse los mármoles hasta desaparecer, los mandó revestir de madera de nogal, dejando descubiertos solamente algunos espacios por donde se pudiesen ver las piedras. Así se halla en la actualidad, y los visitantes suben de rodillas hasta llegar al *Sancta Sanctorum*, que así se llama la capilla, por haberse colocado allí reliquias insignes de muchos santos en unas cajas de ciprés que San León III mandó poner debajo del altar con aquella inscripción. Saliendo de la capilla se baja por una de las escaleras laterales. La fachada del pórtico fué restaurada por Pío IX y embellecida con dos nichos que se ven á los lados de la *Scala Santa*, y ostentan grupos de esculturas en mármol, representando el de la derecha al traidor Judas, imprimiendo el sacrílego beso

en la mejilla del Salvador, y el otro á Jesucristo presentado al pueblo por Pilato.

Fatigados de la visita que acabábamos de hacer á los lugares y edificios que recorrimos durante el día, nos vimos obligados á retirarnos á nuestro alojamiento, sin avanzar por el lado de la Puerta Mayor, para visitar iglesias y monumentos que se hallan en las cercanías. Nos propusimos volver otro día, como lo verificamos, y de ello daremos cuenta al lector en el capítulo siguiente.

## CAPITULO DÉCIMOCUARTO.

La Puerta de San Juan.—Santa Cruz de Jerusalem.—De la Puerta Mayor á la de San Lorenzo.—La basílica de San Lorenzo.—La Cripta.—El Sepulcro de Pío IX.—Impresiones.—La Columna de San Lorenzo.—De San Lorenzo á las Termas de Diocleciano.—Las Termas.—Santa María de los Angeles.—El Claustro.—La Fuente del *Acqua Felice*.—Santa María de la Victoria.

ENTRE las antiguas puertas que abrían entrada á los muros que todavía cercan la Ciudad Eterna, estaba una, inmediata al sitio en que hoy se encuentra la basílica Lateranense, y se llamaba *Asinaria*, por ser la que se abría en la *Vía Asinaria*.

Esta puerta, reconstruida hoy, tomó el nombre de "Puerta de San Juan," por hallarse frente á la fachada principal de la dicha iglesia. Saliendo por esta puerta y tomando la ruta que lleva á la Villa de Albani, nos encontraríamos con la antigua *Vía Latina* que la atraviesa, y al paso admiraríamos de cerca los admirables restos del Anfiteatro castrense, y del acueducto de Claudio; veríamos las Cámaras sepulcrales, y visitaríamos las venerables ruinas de la iglesia de San Clemente; pero esta excursión sería de largo tiempo, pues habríamos de recorrer de ida y vuelta algunas millas. Volveremos, pues, á entrar en la ciudad, y tomando el camino que se abre á la derecha de la puerta, después de andar unos mil pasos, nos hallaremos en frente de la fachada de Santa Cruz de Jerusalem, una de las siete basílicas de Roma, edificada por Santa Elena, madre de Constantino, en los jardines *Variani* construidos por Heliogábalo, donde este vil tirano y el que le sucedió, Alejandro Severo, pasaron sus días.